

Ernesto Montenegro

LA TRAGEDIA INTIMA DEL ESCRITOR CRIOLLO

HABER nacido en nuestra América y abrazar de por vida la vocación de poeta, novelista, músico o pintor, es como renunciar a la familia y al patrimonio común y encarar un destino semejante a la aventura de Róbinson Crúsoe en la isla desierta. A primera vista tal actitud adolece del afán romántico de proyectar un nimbo de mártir sobre el hombre o la mujer que hicieron del arte una de aquellas vocaciones de por vida, que al ser traspasadas al dominio moral engendran a los santos. Pero los que han nacido y vivido en América saben de sobra que el reino del artista tampoco es de este mundo.

Recordemos los nombres de algunos de los que aquí murieron de asfixia intelectual: Asunción Silva, Herrera Reissig, Delmira Agustini, Gonçalves Díaz, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y Rubén Darío. Unos recurrieron a la bebida para aturdirse, otros a las drogas heroicas o al suicidio inmediato. Y no olvidemos en la cruenta lista a los que fueron a dejar sus huesos en tierra más extraña todavía, empujados por la desesperada ilusión de crearse una patria adoptiva, que si es fácil de encontrar para el europeo en América, jamás podría hallarla en parte alguna el criollo americano para su orfandad espiritual. Porque son dos

cosas bien diversas, dos posiciones sin posible permuta: el europeo moderno llevará a todas partes su patrimonio racial, y allí donde no pueda encajar con su patria de adopción siempre tendrá la posibilidad de retirarse a su rico dominio interior, hecho de tradición, de disciplina, de estabilidad íntima.

El americano, por su parte, nace ya con una sensación de vacío en torno de sí, y su vida se pasa al igual de esos inválidos a quienes se les amputó un miembro y que siguen aquejados del dolor de lo que ya no poseen. Pues a nosotros los americanos nos duele y ha de seguir doliéndonos por siglos acaso, esa porción de la personalidad que perdimos al ser transplantados a ultramar, o al adquirir la existencia inarmónica y excéntrica del mestizo.

Culpar de este conflicto individual y del aislamiento en que vive el artista en América solamente al medio en que vegeta, como se hace con harta frecuencia, es, pues, restringir demasiado el alcance del fenómeno. Lo justo sería extender la visión hasta el complejo pasado de donde procedemos, y analizar el proceso de readaptación de la vida colonial.

Las capitales de Europa tienen el aire vetusto, pero las provincias preservan la juventud de la naturaleza. En Francia misma, donde parece haber aconchado la sabiduría de las edades, los campesinos tienen los ojos ávidos e irreverentes de los niños. La tradición, que es el instinto de conservación de la raza, arraiga más hondo en ellos, dando a su carácter esa tenacidad que poseen las plantas de los climas duros. Los grandes escritores de Europa tienen el perfil refinado del intelectual y las espaldas del labrador. Sobre sus hombros descansan siglos enteros de cultura ya acendrada en instinto, y hasta los más revolucionarios de

entre ellos recuperan su vigor en la cálida reserva de sentimientos hereditarios del alma nacional.

En torno de cada uno de ellos está la Patria, no meramente la figura marcial de espada y casco, sino el acento grávido de su lengua, preñada de símbolos e imágenes que la rejuvenecen, como a madre enamorada; está en los árboles centenarios que bordean sus caminos, en el paisaje bien ordenado como un parque señorial; en los meticulosos hábitos transmitidos de generación en generación, y en los trajes regionales que, al asomarse uno a las provincias, le abren perspectivas hacia siglos remotos. El europeo, hasta el más pobre, vive al amparo de muros de piedra, se acuesta en los lechos de los abuelos, pisa un suelo abonado por centenares de antepasados hacendosos y pacientes, reza en las capillas de iglesias que edificó hace siglos una fe entonces potente, imaginativa y audaz, o perora en las plazas por donde desfilaron sucesivamente cortejos medioevales, imperios y revoluciones.

De todo esto emana una sugestión fecunda, un polen de ideas e intuiciones raciales que prende en la imaginación de escritores y artistas. Parece que allí bastara poner el oído atento a las cosas para que la obra le llegue hecha desde afuera al espíritu acogedor. Cuando la imaginación divaga, le basta al europeo—o por lo menos nos place figurárnoslo así—entregarse dócilmente a su instinto para recuperar la senda y pisar de nuevo el terreno familiar de las realidades. En cada uno de ellos habla el alma colectiva, la sabiduría que atesoró el pasado, y hasta los hijos de campesinos de torsos de jayanes y de manos cuadradas, convertidos en autores de obras maestras, ponen en su arte el sello de distinción de un viejo abolengo de raza.

Y de esa plenitud y madurez del escritor europeo emanan una gracia fácil, la emoción justa, y la ironía que es como la flor espiritual de un jardín sabiamente cultivado. Su vida intelectual está nutrida de cul-

tura clásica. La enseñanza austera de sus escuelas le pone en relación familiar con las lenguas madres y con los filósofos y poetas que moldearon el pensamiento occidental. Sin salirse apenas de su ambiente, van a pasearse discurriendo de escuelas y tendencias a la sombra de los arrayanes que dieron frescura y amenidad a las conversaciones de Sócrates y Platón; y pueden detenerse todavía contra los muros que sustentan las tiendecillas del Puente Viejo de Florencia a ver correr las aguas turbias del Arno por donde resbaló la mirada del Alighieri. No son exactamente las mismas aguas, pero siguen el mismo curso y llevan igual destino que las otras. Para el europeo moderno el pasado no es solamente historia, sino algo viviente que le acompaña todavía un trecho del camino, como huésped servicial que sale a indicar el rumbo al forastero.

Esta vecindad con el pasado suscita un sentimiento poderoso de estabilidad y continuidad. Hemos tenido allá, al alcance de la mano, los muros medioevales de Avignon, que vieron los suntuosos cortejos de los Papas; las losas del camino de Nimes por donde pasaron las últimas legiones romanas; el farol de la taberna londinense que alumbró las disputas de Shakespeare, Marlowe y Ben Jonson. Y algo más allá, pero siempre en el suelo bien hollado de Europa, al bajar la pendiente que bordea la Plaza del Zocodover, en Toledo, hemos golpeado con la aldaba la puerta del mesón donde se alojó Cervantes.

Todo eso no es simplemente un estímulo para la imaginación romancesca; es también alimento para el carácter, compañía para el espíritu. Un Byron o un Leopardi podrán sentirse solos entre sus contemporáneos; pero ahí está el Pasado con su frescura fragante, a cuya sombra corren a refugiarse como los viajeros retrasados de una caravana largo tiempo sepultada en los arenales.

Cuando el escritor europeo nace como por accidente en suelo americano, tal en el caso de William Henry Hudson, la educación clásica lo rescata a la divagación criolla, a la sensiblería gauchesca y al cinismo del compadrito. Ella lo habilita para recoger en sus obras el acento primitivo de América dentro de las formas del arte helénico, y en alguno de sus libros apunta bajo la alta ramazón tropical, la figura mítica de Rima, el Ariel de la selva americana, o más bien el símbolo de la naturaleza pura.

En cambio, cuando América manda a Europa a un criollo de alta inteligencia, un Heredia, por ejemplo, Europa no halla en él la voz genuina de otro mundo. El escritor criollo le entregará imágenes espléndidas dentro de la forma tiránica del soneto. El compositor Gomes les llevará del Brasil los primeros vagidos de la música americana en la orquestación de *Guarany*; pero más tarde Rubén Darío no logrará traducir al verso lo que la música alcanzara a insinuar inefablemente, y empuñará el sistro e invocará a los dioses del Olimpo con la voz dolorida del indio chorotega.

Afinando todas sus potencias, dilatando todas sus antenas, el escritor americano en Europa alcanza apenas a disimular su fracaso con triunfos ilusorios de cenáculo y de feria. Su voz indistinta se pierde entre los acentos robustos de sus encinas y sus pinares. Algunos de esos desterrados llegan a aprender la lengua del país y hasta consiguen escribirla. En ciertos casos captan el acento externo y humillan el airón de la prosopopeya hispánica; pero si alcanzan a adquirir el toque ligero de la lengua francesa, por ejemplo, su prosa de puro liviana resulta hueca; falta por dentro el pensamiento sutil que dé firmeza a la diáfana forma verbal. Ya no queda nada del americano; pero del europeo sólo habrá adquirido la apariencia.

El aspecto intelectual de su aventura es acaso el menos deplorable. Queda por considerar el agudísimo

drama de su vida, la prisión solitaria de un alma que no logrará jamás comunicarse ni ponerse a tono con los millones de hombres y mujeres que viven junto a ella en su propio y exclusivo clima mental. Igual que las palmas de la Riviera que al pie de los pinares nativos vuelven sus copas hacia el Mediodía a aspirar el aliento maternal del Africa, esos desterrados americanos de Europa se sienten desamparados como náufragos, con la sensación del desnudo.

La porfía casi heroica de los escritores y artistas americanos que adoptan a Europa sin conseguir hacerse adoptar por ella, bordea el linde de una tragedia biológica. El hibridismo de su obra lo denuncia: resultará ciertamente menos ruda que la obra de sus hermanos que se quedaron en la tierra nativa; pero dará frutos pálidos y desabridos, como esos frutos tropicales que van a madurar lejos del árbol, en climas helados o al calor de la estufa.

De haber sido capaces de llevar a Europa la voz pura de América, habrían alcanzado triunfos resonantes, aunque pasajeros, como los de algún ruso, japonés o senegalés genial. Pero el americano en Europa prefiere imitar el arte del país donde vive, o con los ojos vueltos hacia América, consume sus fuerzas escribiendo el proceso de los tiranos de su patria. Lo único que podría salvarlo como escritor, el hallazgo de la obra maestra que expresara la conjunción perfecta entre su temperamento y la vida dentro de la cual se formó, no le tienta casi nunca, porque se le antoja una vida inferior, el bronco balbuceo de la América primitiva que le humilla y le avergüenza.

Hemos de encarar ahora la tragedia capital del escritor criollo en su propia tierra, debatiéndose entre sus propias limitaciones, entre sus aspiraciones confusas,

desproporcionadas a sus fuerzas y al medio en que se mueve. A un pueblo donde todavía faltan el pan y las primeras letras, él suele ofrecerle el simbolismo y el cubismo. En tales casos sus tanteos artísticos podrán ser dignos de estima; pero su irritación contra la «incomprensión ambiente» no es razonable.

De ahí el descontento crónico del escritor americano contra su gente, contra la patria y la raza misma. Su rebeldía extrema es parte del encono que siente contra sí mismo. Su posición no es más cómoda que la del perro que lleva alojado un tábano en el oído. Es un conflicto, por lo general, grotesco y lamentable; pero asume en ciertos casos individuales el sello noble de la melancolía; en otros el alarido truculento de la blasfemia. Confusa y fragmentaria como es su cultura, le pone así y todo muy por encima de la multitud y aun de las clases directivas de la política y de los negocios. De ser una cultura completa le permitiría recobrar su contacto puramente humano con sus inferiores, absorber sus sentimientos e ideas y sublimarlos en arte puro, o en una filosofía superior. Pero como de ordinario sus conocimientos provienen de lecturas casuales, el escritor criollo permanece en la posición de quien se hallara en la celda común con gentes que hablan una lengua extraña, sin nadie que hable la suya ni pueda enseñarle la *lingua franca* de la comprensión humana.

Mientras el escritor criollo estuvo en Europa, sintió el ambiente por encima de él; aquí en América la zona donde la vida animal goza la alegría de vivir, queda por debajo de sus facultades. Con la intolerable opresión de la asfixia debe ingeniarse para subsistir en esa zona media enrarecida que sólo puede dar una existencia precaria y artificial. ¿Qué tiene entonces de raro que su obra nazca como despegada del mundo circundante, de su mundo? Será una literatura de protesta, de negación, casi nunca de interpretación y

jamás realmente compenetrada y comprensiva. Si quiere sonreír, su tono sube al *staccato* del sarcasmo. Para disimular su sentimentalidad exacerbada, cae irremediabilmente en el cinismo blasfemo de donde está ausente la verdadera alegría.

El fondo de la tragedia no aparece, sin embargo, en el mero divorcio del escritor con sus paisanos; y hay que buscarlo dentro de él mismo. En su fuero interno se halla tan descontento de su bagaje de conocimientos como de la ignorancia ajena; pero esta misma ignorancia ambiente le tienta a la deshonestidad intelectual. La simulación profesional es vicio acaso más frecuente en América que en parte alguna. Los que se dedican a la crítica amontonan nombres de escritores en el más disparatado mosaico, o juzgan a poetas cuya lengua original no entienden siquiera a medias. En la novela se pretende estudiar clases sociales a que el autor no tuvo jamás acceso, y en el teatro se copia a los dramaturgos extranjeros en boga, dando como nuestras situaciones de una ingenua perversidad.

Igual que el niño ante un concurso de extraños, el escritor criollo suele inventar juegos sorprendentes con el fin de convertirse en un espectáculo. Llegará a ofrecernos juntos al indio y las últimas invenciones de París; pero tras el gesto del revolucionario se disimula mal la mueca dolorosa de su soledad y su desorientación. Sus extravagancias no merecen nuestras burlas, sino toda nuestra simpatía. Es un hombre que anda perdido en busca de sí mismo. Como cualquier diletante se apasionará aparentemente por la mística de la revolución; su snobismo le empujará siempre hacia la última moda literaria. De esta violencia permanente contra su naturaleza, resultan su orgullo lastimado, su hurañez y su tristeza. Uno de estos enfermos geniales, José Asunción Silva, lo vió terriblemente claro:

«Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino a abrirme el camino que me trajo a esta región oscura...

«¿Loco?... Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?»

Resulta de esto que la obra artística de América carece por lo general de arquitectura, de proporciones, de estilo en el sentido global de la palabra. Carece de verdadera arquitectura, en cuanto ésta significa ante todo una adaptación al clima ambiente, al medio en que se forma. Y el arte de América es hasta hoy de importación europea, como los muebles, como los trajes y las ideas. Aun en política,—ese arte de conciliar las realidades,—pretendemos tomar hechos los modelos del comunismo o el fascismo europeo. Pero careciendo todavía el americano de ese equilibrio interior, ¿cómo podría ser de otro modo?

«El que no se pueda dar cabal cuenta de los tres mil años que le han precedido, que continúe vagando en la oscuridad y viva día por día», sentenció Goethe con palabras implacables e indiferentes como la Naturaleza misma. Y aunque nosotros pudiésemos darnos cuenta de los quinientos cortos años de historia americana, bien poco ganaríamos con ello. Detrás de nosotros queda el bárbaro conflicto de dos razas, la confusión y el odio de iberos y salvajes, el guerrero fanático y el indio zahareño.

La angustia de la soledad sin testigo nos sobrecoge cuando pensamos en el destino del escritor y el artista en este nuevo mundo aun no hecho para recibirlo. Porque el artista y el escritor en América son como invitados demasiado presurosos que llegaran al sitio de la fiesta mucho antes de que estuviese adornada la casa, encendidas las luces y listos los huéspedes

para darles la bienvenida. La tradición americana quedó rota hace siglos, y costará todavía infinitos esfuerzos y sacrificios individuales para que reviva dentro del genio de una lengua de adopción.

Pero no hay alternativa para eso. Debe vivir. América recobrará su voz auténtica, su acento propio. El escritor llegó al Nuevo Mundo cuando apenas teníamos el rapsoda indio, cantor de fabulosos romances. En esta poesía oral quiso injertar a los Enciclopedistas, y hacer que las masas estólicas comprendieran la filosofía intuitiva de Bergson y el pirronismo de los ensayos de Anatole France. Por qué extrañarse entonces de que la muchedumbre haraposa o elegante prescindiera del escritor. El se sabe indeseable. El mismo sabe que su obra no es tenida por útil ni necesaria. El espíritu de América es todavía el del campamento de la conquista; criterio de *settlement*. Primo vivere. El zapatero es útil y necesario; se le estima en consecuencia. El jornalero o el artesano tienen sus actividades bien determinadas, y pueden reclamar su paga. El escritor, muy rara vez. El escritor es cuando más un lujo que se paga mal a regañadientes. En la mayoría de los casos se le tolera, y en no pocos casos no es siquiera tolerado.

Pero el escritor está ya en América, y por el hecho de ser puede reclamar un puesto al sol. Es duro su destino de «adelantado» de la cultura; pero ése es su destino y debe cumplirlo virilmente. No basta culpar a los demás. Caído de un mundo extraño a América, el escritor debe sufrir el proceso de adaptación; para influir más eficazmente sobre el ambiente debe dejarse penetrar por él, llegar a ser parte de él. Debe construir con las materias brutas que tiene a mano, según los preceptos que toda obra de arte deduce de

su propio impulso creador. Cada obra de arte, novela, poema, estatua, si lo es, lleva en sí la forma que le es propia, como la semilla lleva la de planta de donde proviene y en que ha de volver a convertirse.

La primera reacción en América vino con la adopción del realismo. Del romanticismo heroico habíamos pasado al romanticismo pintoresco de la bohemia, cuando de repente Copeau, del brazo de Madama Bovary, pasó dejando oír su voz aguardentosa por nuestros poblachos adormilados, entre hipos obscenos y chillidos de escándalo. Pero en este realismo había también mucho de alarde romántico; éramos jóvenes que pretendíamos pasarnos por hombres corridos. El desahogo lírico y la efusión cordial están mucho más cerca de nuestra alma que la objetividad despiadada del naturalismo. De ahí que el pueblo de América no se dejara ganar por ese realismo jactancioso. El pueblo vive miserablemente, y busca obras que le hagan olvidar la realidad, para lo cual va a refugiarse en los folletines traducidos de Europa y en el cinematógrafo.

Si queremos dar, pues, vida duradera a nuestras obras, debemos ir más allá de este realismo materialista, y entroncar con la plena realidad de la naturaleza y el espíritu. Se puede vivir en cualquiera parte del mundo, hasta la más remota de nuestro suelo natal, y sentirse cómodo y aun medianamente feliz. Pero la obra creadora del arte sólo puede realizarse enteramente allí donde nos sentimos ligados al ambiente, como el árbol con el suelo. Y el arte tiene además una cuarta dimensión, que no es ni la geografía, ni el clima, ni la raza, y que es siempre el tiempo, o sea la época que expresa. Son las tragedias griegas de Racine que reviven en Francia y expresan el alma francesa.

La posición del escritor criollo aun en este mismo día y hora, es la del hombre que se acogió a una balsa para salvarse de la inundación que sumergió su tierra, y que aguarda que ésta vuelva a mostrarse enjuta

para reedificar su vivienda con los materiales que tenga a mano. Estos materiales de apariencia tosca ha de consolidarlos con la sustancia de su espíritu. Mientras anduvo vagando sin hogar les envidió a los demás la suerte de haber nacido francés, inglés o alemán, o siquiera suizo o danés. Todos esos hallaron preparado para ellos un vasto patrimonio de enseñanzas y tradiciones, riquezas, glorias raciales, acumuladas por las generaciones con el seguro instinto que hace que el insecto amase el sustento futuro de la larva que su progenitor no alcanzará a conocer como criatura animada y completa.

Cómo se nos aparece fácil y amable, a nosotros los criollos americanos, la obra de los artistas y escritores europeos, y qué bien colmada su existencia. Son una gran familia, separada apenas por grados de educación o de fortuna. En el fondo, el mismo gesto responde a sentimientos idénticos. Sus artistas no tienen más que traducir esos gestos en modalidades propias para expresar el genio de la raza, y sin más que quedarse pendientes de los labios de sus paisanos, como de una fuente viva, recogerán los sentimientos y la sabiduría de esa misma raza común.

En cambio aquí en América la raza estuvo muda por siglos, y hoy apenas comienzan a apuntar aquí y allá los escritores que acercan su oído a la tierra y perciben su balbuceo pueril. Tal obra nativa es todavía algo burda y hace sonreír a los exquisitos; pero, al fin de cuentas, acaso sea la única obra que perdure, cuando nadie recuerde las modas y afectaciones de ahora. Otros más afortunados que nosotros recogerán esta herencia y la continuarán con herramientas mejor templadas y de filo más sutil. Los que logren expresar la generosidad espléndida del suelo americano y el tumulto de los sentimientos que se atropellan inarticulados en nuestra naturaleza, dándoles las

formas perfectas que convengan a su propio carácter, serán los que rediman de sus limitaciones y de su desamparo al escritor criollo de nuestros días. Nosotros, mientras tanto, nos dolemos en vano, dentro de la Patria real de tierra y cielo, por haber venido demasiado pronto y no divisar en el confín del desierto la Patria ideal *que no nace todavía*.